



7º Encuentro: El Catequista, miembro de la comunidad

7º programa jueves 20/4/2017

Los cinco puntos de este tema:

1. Catequistas, parte de una comunidad y enviados por ella.
2. Cultura actual: una oportunidad para sembrar el mensaje
3. El Espíritu nos envía y da fuerzas
4. Desde la propia experiencia de comunión, poner a otros en comunión con Cristo.
5. Una comunidad de hermanos, para anunciar a todos la Buena Noticia

Consignas: Luego de haber compartido la celebración de la Pascua en comunidad, nos preguntamos:

- ✓ ¿qué lugar ocupa la comunidad en nuestro ministerio como catequistas?

1. Catequistas, parte de una comunidad y enviados por ella

En el camino que venimos recorriendo en el curso vimos: al catequista en un encuentro profundo con la Palabra, alcanzado y habitado por Cristo en su Misterio Pascual, así lo dice Pablo a la comunidad de los corintios:

*...«Cristo no me envió a bautizar, sino a anunciar la Buena Noticia, y esto sin recurrir a la elocuencia humana, para que la cruz de Cristo no pierda su eficacia. **El mensaje de la cruz** es una locura para los*

que se pierden, pero para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios.» (1 Cor 1, 17-18)

Con su encarnación y su entrada en la historia Jesús hace presente el Reino y siembra la esperanza. Cuando Jesús comienza su vida pública se presenta como enviado por el Padre y consagrado con la unción del Espíritu precisamente para esto, o sea, «para anunciar a los pobres la Buena Nueva» (Lc 4, 18) y no se aparta de esa misión.

Nosotros nos reconocemos servidores de este gran Misterio que es capaz de renovar toda la realidad. Continuamos la misión del Señor que comienza su vida pública predicando. Así como lo hicieron los primeros apóstoles, estamos enviados a continuar esa misión porque el Mensaje que hemos recibido como don nos es solo para nosotros sino para entregarlo a todos.

Y es bueno recordar lo que nos dice la encíclica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI en el número 57:

*« Como Cristo durante el tiempo de su predicación, como los Doce en la mañana de Pentecostés, **la Iglesia tiene también ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del Evangelio y tiene derecho al mismo**, pues Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad". Sensible a su deber de predicar la salvación a todos sabiendo que el mensaje evangélico no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados o elegidos, sino que está destinado a todos, la Iglesia hace suya la angustia de Cristo ante las multitudes errantes y abandonadas "como ovejas sin pastor" y repite con frecuencia su palabra: "Tengo compasión de la muchedumbre". Pero también es consciente de que, por medio de una eficaz predicación evangélica, debe dirigir su mensaje al corazón de las masas, a las comunidades de fieles, cuya acción puede y debe llegar a los demás.»*

Vamos a dar un paso más y a reflexionar sobre el encuentro y la comunión del catequista con la comunidad. Ser Iglesia, ¿tenemos esta certeza de ser parte de la cadena de testigos que continúan la misión de Jesús hoy, en esta cultura?

2. Cultura actual: una oportunidad para sembrar el mensaje

En nuestra tarea de ser servidores del Evangelio tenemos que asumir la situación vital que compartimos con nuestros interlocutores para, desde ahí hacer el anuncio que libera, sana, repara y devuelve el sentido de la vida.

Como catequistas no estamos apartados de la cultura sino que estamos inmersos en ella por eso la necesidad de vivirla como "un tiempo oportuno" (kairos) para que el Mensaje sea sembrado y fecunde la realidad.

No se trata de imponer sino de proponer respetando la libertad del otro pero no dejar de lado ninguna realidad. Los discursos negativos sobre la cultura actual no tienen relación con el Evangelio, el Señor no dejó realidad sin tocar, decimos siempre: nada de lo humano le es ajeno y así los catequistas tenemos que animarnos a acompañar toda la realidad. Tenemos que "acercarnos al pozo" como

la samaritana para beber el agua viva que hace nuevas todas las cosas para recobrar fuerzas para el anuncio. Para esta misión fuimos convocados y enviados.

Todo diagnóstico que hagamos sobre la cultura actual debe poner el centro en una fuerte experiencia de encuentro con Cristo Resucitado y salir a sembrar con la certeza que Él da sentido a todo.

Seguimos leyendo a San Pablo en 1 Corintios:

«Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios. Por él, ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención, a fin de que, como está escrito: "El que se gloría, que se gloríe en el Señor".» (1 Cor 1, 26-31)

Con Pablo reafirmamos que para el Señor nada es imposible. Nuestra pequeñez es lo que Él ha elegido para manifestar su gloria. Somos catequistas elegidos y enviados por Jesucristo, a través de la comunidad cristiana, para que, animados por su Espíritu, enseñemos en la Iglesia al servicio de los hermanos.

Muchas veces hemos escuchado que la comunidad es origen, lugar y meta de la catequesis.

En 1983 la Conferencia Episcopal española publicó una orientaciones para la catequesis que se llama La Catequesis de la comunidad. En el número 137 dice: *«Corresponde muy especialmente a la catequesis el cometido de fundamentar el sentido eclesial de la fe del catecúmeno. Es la Iglesia, como ya quedó indicado, la que proporciona a la catequesis su objeto, es decir, el Evangelio de Jesucristo tal como es creído y profesado por el pueblo de Dios. Le proporciona, también, su medio vital: las comunidades cristianas en las que la Iglesia se realiza. Le proporciona, en fin, su meta: hacer del catecúmeno un miembro activo de la vida y misión de la Iglesia.»*

Somos llamados en el seno de una comunidad. Es en la comunidad donde desarrollamos nuestra tarea y queremos que todos los hermanos se sientan parte de esta comunidad: el pueblo de Dios.

3. El Espíritu nos envía y da fuerzas

Si recordamos el pasaje del encuentro de Jesús con la samaritana podemos afirmar que se muestra en ese diálogo una sed de "agua viva", una sed de sentido. Nosotros palpamos a diario la sed de "agua viva". Nuestra tarea es proclamar el Mensaje que tiene la fuerza para saciar esa sed profunda de sentido porque la fe "nace de la predicación". (Rom 10,17).

Pero la fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teológicas sino en aceptar a Cristo y descubrir que "Él es la verdad y la vida". Desde ese encuentro profundo con Cristo es que podemos iluminar nuestra vida, interpretar

nuestra historia y dar sentido último a la sed de liberación que tienen todos los hombres.

Vemos que en tiempos de Jesús, se despertaron muchas expectativas de liberación en torno a su figura. ¿Cómo lo veían a Jesús en su pueblo? Lo veían como una persona coherente y libre, un hombre para los demás, servidor de todos, misericordioso y Maestro. El Señor comenzó su ministerio predicando y así la Iglesia hoy continúa esa misión de anunciar a todos su Mensaje, sus enseñanzas y su obra de salvación que tiene el centro en su Muerte y Resurrección. ¿por qué decimos que es el centro? Porque en el Misterio Pascual el designio salvador de Dios se cumple de forma definitiva. Es lo que estamos celebrando en este tiempo pascual.

El encuentro con el Señor nos alimenta y nos permite realizar nuestra tarea como catequistas: suscitar las preguntas profundas sobre el sentido de la vida y despertar el interés por la fe. Y luego de la aceptación del anuncio, acompañar a los hermanos en el camino hacia la madurez de esa fe. Vivir para los demás es un lema que sintetiza lo que fue la Vida de Jesús.

En tiempos de Jesús también muchos depositaron en Él expectativas de líder político y se sintieron defraudados, por eso el Señor también –como nosotros hoy– vivió el conflicto y tan hondo que eso lo llevó a entregar su vida en la cruz. Pero el Señor fue fiel al plan de Dios superando todos los límites humanos y venciendo a la muerte. Su amor es gratuito y no selectivo por eso, por ejemplo, puede perdonar a los que lo matan. Él no nos mira como somos sino como estamos llamados a ser y por eso es misericordioso.

Los gestos y enseñanzas de Jesús nos impulsan a continuar su misión. El Espíritu que el Señor envía luego de la Resurrección es el que nos permite comprender estos misterios de su vida.

Hoy nosotros nos ponemos en el lugar de los apóstoles y volvemos a escuchar esa promesa.

La Carta a los Hebreos dice: « *que Cristo «movido por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (Heb 9,14). «Espíritu eterno» es otro modo para decir Espíritu Santo, como atestigua ya una variante antigua del texto. Esto quiere decir que, como hombre, Jesús recibió del Espíritu Santo, que estaba en él, el impulso para ofrecerse en sacrificio al Padre y la fuerza que lo sostuvo durante su pasión.»*

Si recordamos el pasaje de los Hechos acerca del bautismo del etíope (Hch.8,26-39) allí vemos claramente como es el Espíritu que guía a Felipe para que se encuentre con el funcionario real y lo orienta en cuanto a lo que tiene que hacer para acompañarlo en su búsqueda profunda de la Verdad. Es un pasaje muy iluminador para nosotros, catequistas, porque nos muestra claramente que el Espíritu es quien toma la iniciativa amorosa y a nosotros nos toca ponernos en sus manos para que la tarea sea fecunda. Por eso decimos que el punto de partida es nuestra intimidad y comunión con Dios, comunidad de amor en quien creemos.

4. Desde la propia experiencia de comunión, poner a otros en comunión con Cristo.

La Iglesia se apoya en dos realidades:

- la **comunión** con Dios uno y Trino, el plano de la Gracia
- la **comunidad** que es el plano visible, la realidad sensible.

Por eso decimos que en nuestra experiencia profunda de comunión con la iniciativa amorosa de Dios es donde descubrimos nuestra vocación de ser catequistas y el Espíritu nos une a toda la comunidad de hijos de Dios, comunidad de la que somos servidores.

La catequesis busca poner a los hermanos en comunión con el Señor para que la comunidad crezca.

Esa comunidad que el Espíritu anima, que nos hace crecer en lazos de fraternidad y también comunidad peregrina hacia la plenitud de la Vida eterna. Misterio de comunión que tiene su origen en la Trinidad, que nos muestra su rostro visible en Jesucristo y que continúa su misión en los apóstoles. Hasta hoy todos los bautizados tomamos esa posta y asumimos la razón de ser de la comunidad eclesial: la evangelización

Comunidad de servicio donde se enseña, se predica, se ora, se celebra, se practica la caridad y se cuida especialmente a los más pobres. Comunidad que adopta las bienaventuranzas como estilo de vida.

Comunidad de testigos: mediante el testimonio de vida, el anuncio explícito y la entrega de la vida en el martirio, como lamentablemente vemos en la actualidad. Recordamos en nuestra oración los mártires que a diario surgen en las guerras de la actualidad y los atentados terroristas.

«El amor de Dios es un amor que se da, que se dona, que se agacha, y que va hasta el fondo. Por eso este Jesús, que celebra la pascua sirviendo, haciendo lo que estaba reservado para los esclavos, va a ser el que después de la cena sea tomado prisionero y juzgado en la mitad de la noche sin que nadie se diera cuenta.

Mirando la pascua, la cruz y la resurrección nos pueden agarrar las ganas de lo heroico, de lo grande, y son lindos los grandes ideales, pero Jesús hoy nos muestra que todo eso empieza en lo pequeño, en lo concreto de cada día. Si solo tenemos sueños con lo grande, con lo que podría o debería ser, somos idealistas. Para Jesús la grandeza del amor se concreta primero en lo más pequeño. Por eso Aquel que había amado a los suyos los amo hasta el extremo... y simplemente... le lavo los pies.»(Meditación Jueves Santo Porque Soledad de María)

Ser testigo del amor gratuito de Dios por todos nosotros en nuestras comunidades, para anunciar a todos la "Buena Noticia"

5. Una comunidad de hermanos, para anunciar a todos la Buena Noticia

“Buena Noticia” ¿qué contenido tiene? El Papa Francisco nos ayudó a profundizar esto en la homilía de la Misa Crismal de este año:

*«La Buena Noticia. Una sola Palabra —Evangelio— que en el acto de ser anunciado se vuelve alegre y misericordiosa verdad. Que nadie intente separar estas tres gracias del Evangelio: su **Verdad** —no negociable—, su **Misericordia** —incondicional con todos los pecadores— y su **Alegría** —íntima e inclusiva—. Nunca la verdad de la Buena Noticia podrá ser sólo una verdad abstracta, de esas que no terminan de encarnarse en la vida de las personas porque se sienten más cómodas en la letra impresa de los libros.*

Nunca la misericordia de la Buena Noticia podrá ser una falsa conmiseración, que deja al pecador en su miseria porque no le da la mano para ponerse en pie y no lo acompaña a dar un paso adelante en su compromiso.

Nunca podrá ser triste o neutro el Anuncio, porque es expresión de una alegría enteramente personal: «La alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus pequeñitos» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 237). La alegría de Jesús al ver que los pobres son evangelizados y que los pequeños salen a evangelizar (cf. ibíd., 5).

...

Queridos [catequistas], que ... la Buena Noticia tenga en nosotros la plenitud contagiosa que transmite con todo su ser nuestra Señora, la concreción inclusiva del anuncio de la Samaritana, y la integridad mansa con que el Espíritu brota y se derrama, incansablemente, del Corazón traspasado de Jesús nuestro Señor.»

¡Qué bueno pensar que somos misioneros de la Verdad, la Misericordia y la alegría!

Y esto es algo que debemos experimentar en nuestras comunidades- No hay sin dudas, testimonio más fuerte y creíble que el de una comunidad de hermanos que vive cotidianamente abierto a los otros.

Retomamos un texto de *Juntos para una evangelización permanente* que recordamos en uno de los primeros programas:

*«La Catequesis es un camino de crecimiento y maduración de la fe en un **contexto comunitario** - eclesial que da sentido a la vida. En efecto, por medio de la catequesis todos los hombres pueden captar el plan de Dios Padre —centrado en la Persona de Jesucristo— en su propia vida cotidiana. Además pueden descubrir el significado último de la existencia y de la historia.» (JEP n° 50, CEA 1988)*

Que destaca el contexto comunitario como ámbito esencial de todo proceso catequístico. La comunidad y la catequesis tienen una relación de reciprocidad: es la comunidad la que realiza la catequesis y es la catequesis la que nos introduce en la vida de la comunidad. El catequista no es un francotirador sino que es parte de una comunidad de hermanos. De ahí que la dimensión comunitaria sea algo imprescindible en la formación de catequistas —tema del último programa—

En la vida de la comunidad, en la comunicación de la fe y en la celebración del pueblo creyente es donde el catecúmeno se inicia en una verdadera experiencia de vida cristiana.

Hemos celebrado la Pascua en comunidad y hemos compartido la Eucaristía en comunidad. Esto hace que una comunidad así_

- se compromete en el servicio a los demás, sobre todo a los más pobres.
- Es testigo de lo que los catecúmenos de lo que, como creyentes en Cristo, van a vivir en comunión con los demás.

Esto hace a la necesidad de que la comunidad tome conciencia y asuma la catequesis de manera que haga visible la comunión en la Iglesia. La comunidad debe presentarse siempre como aquella que envía a sus catequistas, los respalda, los apoya, los prepara y confía en ellos como parte activa y responsable de la comunidad.

En los tiempos que vivimos nada más fuerte que abrir ámbitos donde podamos experimentar la vida fraterna. Hoy más que nunca resuena en nuestras comunidad aquello de: imiren como se aman! Y cómo en la comunidad primitiva ese amor fraterno hacía crecer la comunidad.

Idea que queremos destacar al final:

La comunidad es condición necesaria para la catequesis y la catequesis es camino hacia la comunidad.
--

TEXTOS PARA REFLEXIONAR: Les recomendamos que donde aparezca el término "sacerdotes" lo reemplacen por "catequistas" para hacer esta lectura reflexiva

Homilía misa crismal 2017 Papa Francisco

"Sacerdotes, ungidos para anunciar la verdad, la misericordia y la alegría"

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). El Señor, Ungido por el Espíritu, lleva la Buena Noticia a los pobres. Todo lo que Jesús anuncia, y también nosotros, sacerdotes, es Buena Noticia. Alegre con la alegría evangélica: de quien ha sido ungido en sus pecados con el aceite del perdón y ungido en su carisma con el aceite de la misión, para ungir a los demás. Y, al igual que Jesús, el sacerdote hace alegre al anuncio con toda su persona. Cuando predica la homilía, —breve en lo posible— lo hace con la alegría que traspasa el corazón de su gente con la Palabra con la que el Señor lo traspasó a él en su oración. Como todo discípulo misionero, el sacerdote hace alegre el anuncio con todo su ser. Y, por otra parte, son precisamente los detalles más pequeños —todos lo hemos experimentado— los que mejor contienen y comunican la alegría: el detalle del que da un pasito más y hace que la misericordia se desborde en la tierra de nadie. El detalle del que se anima a concretar y pone día y hora al

encuentro. El detalle del que deja que le usen su tiempo con mansa disponibilidad...

La Buena Noticia puede parecer una expresión más, entre otras, para decir «Evangelio»: como buena nueva o feliz anuncio. Sin embargo, contiene algo que cohesiona en sí todo lo demás: la alegría del Evangelio. Cohesiona todo porque es alegre en sí mismo.

La Buena Noticia es la perla preciosa del Evangelio. No es un objeto, es una misión. Lo sabe el que experimenta «la dulce y confortadora alegría de anunciar» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 10).

La Buena Noticia nace de la Unción. La primera, la «gran unción sacerdotal» de Jesús, es la que hizo el Espíritu Santo en el seno de María.

En aquellos días, la feliz noticia de la Anunciación hizo cantar el Magníficat a la Madre Virgen, llenó de santo silencio el corazón de José, su esposo, e hizo saltar de gozo a Juan en el seno de su madre Isabel.

Hoy, Jesús regresa a Nazaret, y la alegría del Espíritu renueva la Unción en la pequeña sinagoga del pueblo: el Espíritu se posa y se derrama sobre él ungiéndolo con oleo de alegría (cf. Sal 45,8).

La Buena Noticia. Una sola Palabra —Evangelio— que en el acto de ser anunciado se vuelve alegre y misericordiosa verdad.

Que nadie intente separar estas tres gracias del Evangelio: su Verdad —no negociable—, su Misericordia —incondicional con todos los pecadores— y su Alegría —íntima e inclusiva—.

Nunca la verdad de la Buena Noticia podrá ser sólo una verdad abstracta, de esas que no terminan de encarnarse en la vida de las personas porque se sienten más cómodas en la letra impresa de los libros.

Nunca la misericordia de la Buena Noticia podrá ser una falsa conmiseración, que deja al pecador en su miseria porque no le da la mano para ponerse en pie y no lo acompaña a dar un paso adelante en su compromiso.

Nunca podrá ser triste o neutro el Anuncio, porque es expresión de una alegría enteramente personal: «La alegría de un Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus pequeñitos» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 237). La alegría de Jesús al ver que los pobres son evangelizados y que los pequeños salen a evangelizar (cf. ibíd., 5).

Las alegrías del Evangelio —lo digo ahora en plural, porque son muchas y variadas, según el Espíritu tiene a bien comunicar en cada época, a cada persona en cada cultura particular— son alegrías especiales. Vienen en odres nuevos, esos de los que habla el Señor para expresar la novedad de su mensaje. Les comparto, queridos sacerdotes, queridos hermanos, tres íconos de odres nuevos en los que la Buena Noticia cabe bien, no se avinagra y se vierte abundantemente.

Un ícono de la Buena Noticia es el de las tinajas de piedra de las bodas de Caná (cf. Jn 2,6). En un detalle, espejan bien ese Odro perfecto que es —Ella misma, toda entera— Nuestra Señora, la Virgen María. Dice el Evangelio que «las llenaron hasta el borde» (Jn 2,7). Imagino yo que algún sirviente habrá mirado a María para ver si así ya era suficiente y habrá sido un gesto suyo el que los llevó a echar un balde más. María es el odre nuevo de la plenitud contagiosa. «Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 286), Nuestra Señora de la prontitud, la que apenas ha concebido en su seno inmaculado al Verbo de vida, sale a visitar y a servir a su prima Isabel. Su

plenitud contagiosa nos permite superar la tentación del miedo: ese no animarnos a ser llenados hasta el borde, esa pusilanimidad de no salir a contagiar de gozo a los demás. Nada de eso: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Ibíd., 1)

El segundo ícono de la Buena Noticia es aquella vasija que —con su cucharón de madera—, al pleno sol del mediodía, portaba sobre su cabeza la Samaritana. Refleja bien una cuestión esencial: la de la concreción. El Señor —que es la Fuente de Agua viva— no tenía «con qué» sacar agua para beber unos sorbos. Y la Samaritana sacó agua de su vasija con el cucharón y sació la sed del Señor. Y la sació más con la confesión de sus pecados concretos. Agitando el odre de esa alma samaritana, desbordante de misericordia, el Espíritu Santo se derramó en todos los paisanos de aquel pequeño pueblo, que invitaron al Señor a hospedarse entre ellos.

Un odre nuevo con esta concreción inclusiva nos lo regaló el Señor en el alma samaritana que fue Madre Teresa. Él llamó y le dijo: «Tengo sed», «pequeña mía, ven, llévame a los agujeros de los pobres. Ven, sé mi luz. No puedo ir solo. No me conocen, por eso no me quieren. Llévame hasta ellos». Y ella, comenzando por uno concreto, con su sonrisa y su modo de tocar con las manos las heridas, llevó la Buena Noticia a todos.

El tercer ícono de la Buena Noticia es el Odre inmenso del Corazón traspasado del Señor: integridad mansa —humilde y pobre— que atrae a todos hacia sí. De él tenemos que aprender que anunciar una gran alegría a los muy pobres no puede hacerse sino de modo respetuoso y humilde hasta la humillación. No puede ser presuntuosa la evangelización. No puede ser rígida la integridad de la verdad. El Espíritu anuncia y enseña «toda la verdad» (Jn 16,13) y no teme hacerla beber a sorbos. El Espíritu nos dice en cada momento lo que tenemos que decir a nuestros adversarios (cf. Mt 10,19) e ilumina el pasito adelante que podemos dar en ese momento. Esta mansa integridad da alegría a los pobres, reanima a los pecadores, hace respirar a los oprimidos por el demonio.

Queridos sacerdotes, que contemplando y bebiendo de estos tres odres nuevos, la Buena Noticia tenga en nosotros la plenitud contagiosa que transmite con todo su ser nuestra Señora, la concreción inclusiva del anuncio de la Samaritana, y la integridad mansa con que el Espíritu brota y se derrama, incansablemente, del Corazón traspasado de Jesús nuestro Señor.»